

Al hilo fantasmático de la fotografía. Sobre la obra de Juanli Carrión.

Víctor del Río

La obra de Juanli Carrión incide, como los rayos de luz de sus focos o sus proyecciones, sobre el hecho ambiguo y cargado de misterio de la mera representación, máxime cuando esta es fotográfica. Quizá en los inagotables intentos de las teorías de lo fotográfico se ha insistido demasiado en el fenómeno de su referencia perdida y en la melancolía que de esto se deriva, cuando lo cierto es que su verdadera esencia es fantasmática. Esto es, la imagen sería según esa condición el resto de un acontecimiento, fruto de un aparecer cuyo núcleo es irradiante y proyectivo. Como eco y aparición residual del acontecimiento, toda imagen fotográfica contiene otra imagen proyectada y despliega un contexto de recepción que revoca las certezas sobre lo que “en realidad” sea aquello que vemos. O, como se ha dicho con patente herencia fenomenológica, persiste en todas las imágenes una sospecha. Juanli Carrión enmarcaría su trabajo en un juego complejo con el carácter proyectivo de toda imagen, con la duplicidad que incorpora el hecho cotidiano de mirar una fotografía y con la condición de suplemento que en ello se implica. Suplementamos las imágenes, y no sólo con el aparato textual con que tratamos de acotarlas, sino con el ruido de fondo que las acompaña y con la evocación reminiscente de una experiencia diferida.

Esta proyección, tanto literal por lo que se refiere a la luz, como psicológica en la recepción, afecta tanto a nuestras consideraciones sobre lo natural desde el punto de vista de las nociones aprendidas en el seno de la cultura, como a la naturalización de la cultura como nuevo medio ambiente superpuesto, recargado de significaciones. En este aspecto, como han señalado autores como Jonathan T. D. Neil, la obra de Carrión podría vincularse con la tradición americana del paisajismo fotoconceptual, donde las herencias pintoresquistas anglosajonas se vuelven ironía y reanimación de los paisajes muertos. La aniquilación del paisaje como concepto de naturaleza significativa por el páramo descarnado daba pie a una reanimación en la que podríamos hablar, en efecto, de paisajes zombies. No es casual que esto venga de la mano del perfume que la fotografía era capaz de transportar consigo, suplementada por el cúmulo de las evocaciones sonoras y objetuales, porque con ello recordamos que el nacimiento de la fotografía está asociado al paisaje romántico. Las *vedute* o los fragmentos de naturaleza rescatados por el enmarcado, simple acto de señalamiento, nos sitúan ante un origen que aún a las primeras discusiones bizantinas de la estética filosófica, próximas al virtuosismo de la jardinería, y la transformación irreparable de la industria pesada sobre el paisaje contemporáneo.

En series como *Kei Seki*, de 2010, o en *On Stage*, de 2010-2011, encontramos estas superposiciones que ponen en primer plano el ejercicio de proyección simbólica mediante una transfiguración del espacio a través de la luz artificial. En el mismo sentido, las inscripciones de texto sobre espacios públicos serían mensajes que como los pies de foto actúan modificando la conciencia sobre la dimensión simbólica de los lugares. La obra de Juanli Carrión ofrece de ese modo una lectura de los espacios, una segunda lectura que trasciende y suplementa la literalidad y se vuelve estrategia alegórica.